

LA EPOPEYA, LA MODERNIDAD Y LA CULTURA DE UN PUEBLO

*Edgardo Acevedo González
Capitán de Navío IM*

*La modernidad ha sido una pasión universal...,
ante todo, es un término equívoco...*

OCTAVIO PAZ

Introducción

El presente artículo plantea algunos puntos de vista respecto a la vigencia de los héroes, analizándolos en relación a la modernidad y la cultura.

Con frecuencia, en los últimos tiempos en Chile hemos sido testigos de debates públicos en importantes medios de comunicación, respecto a la validez de personajes de la historia, como el Libertador General Bernardo O'Higgins Riquelme o el Capitán de Fragata Arturo Prat Chacón. Se cuestiona la calidad y vigencia de los principios que inspiraron sus conductas.

Debido a que el comandante Prat es un paradigma en la Armada de Chile, es que el tema en comento nos debiera preocupar de manera especial. A continuación se desarrolla algunas reflexiones en torno a su figura y momento, ideas que —entendemos— pueden ser proyectadas al héroe como concepto general.

Prat y la gesta heroica

Cada mes de mayo trae consigo la celebración tradicional de mayor importancia para nuestra institución, que tiene gran acogida ciudadana. En el Mes del Mar es desarrollada una idea relacionada con el interés marítimo y, particularmente, se rinde un homenaje a las Glorias

Navales en torno al recuerdo del héroe, Capitán de Fragata Sr. Arturo Prat Chacón, a sus camaradas y a la gesta heroica llevada a cabo en Iquique.

A este respecto y de manera romántica, la tradición dice que la historia de Chile, el día 21 de mayo de 1879, jalonó su rumbo trascendente con la epopeya más brillante y que ese día fue plasmado el poema épico por excelencia; lo sobrenatural y maravilloso se manifestó en la rada de Iquique. Lo último que quedó grabado en las pupilas y en el recuerdo de quienes presenciaron el combate fue el hermoso tricolor de Chile, jamás rendido ante el enemigo, que lenta y majestuosamente se retiraba tras las verdes aguas del mar que en ese instante lo acogían en su inmensidad para siempre.

Han transcurrido 112 años desde que ocurriera el Combate Naval de Iquique. Chile es hoy un país moderno, su sociedad participa de circunstancias evidentemente distintas. El suceso de marras puede hacernos reflexionar sobre la validez de seguir recordando, de una manera tan viva, este hecho bélico de un siglo atrás, que evidentemente sería contrario a la modernidad presente.

La época actual nos permite interrelacionarnos eficazmente debido al avance tecnológico. Cualquier cosa importante que suceda, en cualquier parte del mundo, prácticamente

puede ser conocida al instante y afectarnos de manera directa. La cosa práctica y funcional tiene gran importancia para el hombre de hoy, quien afanosamente busca caminos de entendimiento y paz para construir y piensa una sociedad mejor.

Flota en el aire una idea. Esta es que no vivimos una época de héroes; más bien, hay una inclinación a sospechar de los héroes. No es posible, en estos tiempos, entender a estos personajes. Hay algo de hastío y exacerbación entorno al heroísmo, que evidentemente queda fuera de la lógica del hombre moderno. Para algunos tiene un aire demasiado marcial y para otros, rasgos inapropiados y fuera de tono con la modernidad. Los héroes están, para muchos, ridículamente aparte del espíritu de la época.

¿Quiere decir lo anterior que las epopeyas son el producto de una cultura diferente y que ya pasó?

Las epopeyas son poemas narrativos extensos, de acciones bélicas, de empresas nobles y personajes heroicos. Constituyen la tradición épica de un pueblo. Los héroes son personas que se distinguen por su gran valor, fortaleza o por sus virtudes.

¿Habremos perdido esta tradición, esta herencia?

Escepticismo, nihilismo, relativismo y hedonismo son conceptos escuchados a diario. Quizás ellos sean en sí mismos una respuesta que provoca otra interrogante: ¿Es necesario, bueno y conveniente someterse a esta situación anestésica y, por lo tanto, salvadora de cualquier posible dolor o trauma?

¿Valdrá la pena luchar por otra mejor?

Naturalmente, por un elemental sentido común, la respuesta tiende a ser afirmativa y eventualmente se agregará que habría que oponerse. La verdad es que a partir del principio de contradicción, que es definido como principio primero y supremo del pensamiento, el hombre es capaz de conocer y de pensar. Sin él no conseguiríamos distinguir lo que es de lo que no es, ni a un ser de otro. Todo se confundiría.

Es decir, ¿será que de alguna forma estamos viviendo una época de absurdos y no somos capaces de distinguir lo bueno de lo malo? En este caso estamos hablando de moral, que —al decir de algunos autores— no es un producto desechable.

La moral es una dimensión humana y solamente humana. Supone que existe un ser inteligente y libre, responsable de sus actos y omisiones, cuya vida tiene, indisolublemente unidas, dimensiones personales y sociales, y cuyo destino no se agota en realizaciones ma-

teriales y visibles. Desde este punto de vista, los hombres que a lo largo de dos mil años de historia han asumido esta cosmovisión, jamás se han rendido ante falsas virtudes y menos han acomodado la moral a su voluntad o a la de otros.

La virtud es la captación plena del valor moral que encierra la práctica de hábitos que tiendan al bien intrínseco que la acción posee. Así, entonces, la honestidad siempre será una virtud; en cambio, es un error el permisivismo que se produce por la práctica de una falsa virtud de tolerancia, que induce, bajo pretexto de respeto a las personas, a no emitir juicios ni a poner legítimo atajo a las actitudes corrosivas de la persona y la sociedad.

Es obvio que lo anterior involucra, necesariamente, reconocer una ley natural que impone un orden natural a las cosas y, por ende, aceptar el absoluto de Dios en la vida del hombre, que, lejos de alienarlo y de empequeñecerlo, es la condición ineludible de su grandeza.

Para estos hombres, los conceptos de nihilismo, hedonismo, escepticismo y otros, son términos claramente comprendidos y rechazados a través de la práctica de hábitos que tienden a virtudes como la prudencia, la templanza y la fe.

Esto es difícil de entender para algunos y fácil para otros. Así ha sido y seguirá siéndolo.

El grado de tecnología y civilización que una cultura determinada alcance no significa que el hombre, en esencia, no siga siendo la misma criatura con sus vicios y virtudes, como lo ha sido hasta hoy día.

La cultura contiene valores unidos al ser y no al tener, que encierra la tecnología; es decir, amar, conocer la verdad y comportarse de acuerdo a la justicia. No comportarse de acuerdo a la verdad produce problemas diversos, ya que es desconocer el orden natural.

Por consiguiente, en la medida que cultivemos estos valores determinaremos un mayor o menor grado de cultura. Cultura espiritual, en oposición a una cultura material que aparentemente se impone en estos días, cautivando con su efecto anestésico nuestro sentido común.

Sin embargo, los porfiados hechos se imponen.

El comandante Prat es el gran ejemplo de nuestra armada; tanto lo es que rebasó los límites de la institución y es una de las más insignes figuras de la patria, no habiendo un solo pueblo que no posea un bronce representando la noble estampa del héroe de Iquique.

¿Cómo ha podido mantenerse esto a pesar de los tiempos? Es una herencia espiritual, no cabe duda.

Cabría preguntarse cuál fue el quehacer de Prat en su vida para legarnos una herencia que por espiritual no muere jamás. Al respecto y resumiendo el concepto de héroe que destacados pensadores y autoridades nacionales han expuesto, podemos decir que:

1. Lo característico del comportamiento heroico es un autocontrol extraordinario de la afectividad y de los impulsos normales de la naturaleza humana, fortaleciendo a la persona en situaciones que pueden implicar riesgos o sacrificios considerables, como perder la vida.

2. La motivación que explica el comportamiento heroico es altruista.

3. El heroísmo es producto de un trabajo anterior, de una voluntad extraordinaria capaz de derrotar la propia debilidad, en razón de fines trascendentes.

4. El acto heroico se inserta en la vida como un acto de abstracción de sí mismo, en donde se da siempre el olvido de los dolores físicos y morales.

5. El héroe, definido como la persona que realiza un acto heroico, se confirma como tal al seguir un patrón de conducta que envuelve cuatro condiciones constantes a través de la historia:

- Este es siempre un acto personal y no colectivo,
- Su límite es la muerte, es decir, un paso de lo material a lo espiritual,
- Su recuerdo permanece en el tiempo,
- Sobresale del común de las personas de su grupo, sea nación, pueblo u otra forma de comunidad, por haber logrado un desarrollo espiritual que lo acerca más a la condición de santo que del resto de las personas culturalmente menos desarrolladas.

En consecuencia, el Capitán de Fragata don Arturo Prat Chacón efectivamente es un héroe que seguirán admirando las generaciones venideras como modelo de vida, en su perspectiva

de marino, padre, esposo, abogado, profesor o ciudadano.

El énfasis y la claridad de estas manifestaciones, que obviamente estarán directamente relacionadas con la posibilidad de tener héroes en el futuro, dependerá de qué cultura imperará en nuestro país: Si la cultura espiritual o la cultura material. Este es, a nuestro juicio, el punto crucial.

Sin embargo, como la ley natural es real y concreta, es posible que en el futuro, ante una sociedad que cultive la existencia del ser humano como centro del universo, el heroísmo será difícil de encontrar, pero no desaparecerá. Nuestra confianza en Chile lo avala, dado que cuando un pueblo tiene sentido heroico de la vida forja su historia con caracteres de epopeya; Chile tiene ese privilegio y así lo demuestra cada pasaje de su historia, incluso la más reciente.

Conclusiones

—Vivir el presente es natural; sin embargo, entender que uno de los factores del progreso y desarrollo, el cambio, es el valor supremo, resulta irracional. La modernidad debe ser el puente entre la tradición o herencia de un pueblo y el futuro del mismo; en caso contrario se estará negando la existencia de valores permanentes y con ello la permisividad dominará el entorno de la sociedad, por cuanto el bien y el mal no tendrán sentido.

—Preservar los valores del espíritu, como patrimonio que nos enraiza al ser nacional y nos orienta al futuro, es una responsabilidad que no pasa de moda. Por el contrario, es un deber permanente, en especial para quienes tengan el privilegio de formar parte de las instituciones destinadas a la defensa de la patria. Sólo los países que junto con su evolución han recordado su historia, en los momentos difíciles han logrado perdurar como tales, desarrollándose armónicamente en procura del bien común.

* * *